

HACIA UN POSIBLE MARCO DE ACCIÓN PASTORAL DE LA DIOCESIS DE SAN SEBASTIÁN 2018 (instrumentum laboris)

1. INTRODUCCIÓN

- **¿De dónde venimos?**
 - + Un poco de historia socio-religiosa
- **¿A qué estamos llamados?**
 - + A la evangelización de nuestro pueblo

2. VER

- **¿Cuál es el problema central que hay que afrontar, en la situación que estamos viviendo?**
 - + El cambio radical y global de los parámetros mentales de la sociedad occidental y sus implicaciones entre nosotros
- **¿Y cuáles son las grandes preocupaciones de la Iglesia de hoy?**
 - + La búsqueda exagerada de la gloria humana y el bienestar personal en nuestra sociedad moderna
 - + La insuficiente atención del clamor de los pobres, los parias y los crucificados del mundo
 - + Las dificultades que tenemos para acertar en la superación de una pastoral estancada y rutinaria

3. JUZGAR

- **¿Desde dónde mirar y discernir esta realidad tan compleja?**
 - + Desde la misericordia compasiva de un Dios Salvador que nos ama gratuitamente y nos acompaña siempre

- + Y la llamada a una Iglesia de puertas abiertas, en salida, disponible para todos y especialmente sensible a los pobres.

4. ACTUAR

- **¿Qué podemos hacer con realismo y esperanza?**
 - + Unirnos decididamente a la reforma misionera de la Iglesia universal
 - + Introducir, de manera nueva, la pregunta por Dios en nuestra espiritualidad
 - + Dejarnos afectar, mucho más, por los pobres y excluidos de la tierra, siendo más propositivos, para avanzar en la creación del Reino de Dios
 - + Promover procesos sinodales en nuestras comunidades, fortaleciendo el compromiso de los fieles laicos y la incidencia misionera de los agentes de pastoral

FUENTES BIBLIOGRÁFICAS

(OBISPOS VASCOS. *Al servicio del Evangelio, cartas pastorales conjuntas*, 2015 Vitoria).

(DIÓCESIS DE SAN SEBASTIÁN. *“Una Iglesia al servicio del evangelio”* Idatz. Donostia. 1999)

(DIÓCESIS DE SAN SEBASTIÁN. *“Dejarnos conducir por Él”*. Idatz. Donostia. 2013)

(CONSEJO PRESBITERAL DE DONOSTIA. 2015. Documento interno).

(BOLETIN Oficial Diócesis de San Sebastián-Octubre-Noviembre 2017. *La misión renovada*. Pg 761ss)

(Congreso evangelización y hombre de hoy, 1986. EDICE. Madrid)

(Congreso parroquia evangelizadora. 1989. EDICE. Madrid)

(J. MARTIN VELASCO y otros, *la Evangelii gaudium y desafíos pastorales para la iglesia*. PPC 2014. Madrid)

(J.ELZO, *Morir para renacer. Otra Iglesia en la era global y plural*. Ed. San Pablo 2017).

(J.A. PAGOLA. *Caminos de evangelización*. PPC. 2017. Madrid).

(S.AMÍN, U.BECK *Respuestas a la globalización*. Paidós. Barcelona 1098)

(A. RICCARDI, *Periferias*. Ed. Periféricos. 2017)

(D. OLLER. *El declive de la política*. Pastoral Misionera 25, 2003. *Construir la convivencia. El nuevo orden mundial y las religiones*. CJ Barcelona 2008. nº 157)

(JULIO LOIS, *Identidad cristiana y compromiso*, HOAC, Madrid 1989).

(F. CONESA y J.M. CEJAS. *El nuevo ateísmo*. RIALP. Madrid 2012).

(J. W. HEISING. *Diálogos...* Herder, Barcelona 2005).

(J. MOLTMAN. *La justicia crea futuro*, Sal Terrae, Santander 1992).

(GALLO y SPADARO. *La reforma y las reformas en la iglesia*. Sal terrae 2016. Santander)

(RAFAEL AGUIRRE y otros. Fundación Chaminade. *La Iglesia en una sociedad postmoderna*. 2016. Valencia)

(F. GARCÍA CORTÁZAR. *Iglesia vasca, religión y nacionalidad en el siglo XX.* Txertoa, 1988).

(L. HARAMBURU ALTUNA. *El crepúsculo de Dios*. Fundación Popular de Estudios Vascos 2016. Pg. 581).

INTRODUCCIÓN

No cabe duda de que la Diócesis de San Sebastián en consonancia con toda la Iglesia universal, está inmersa en un largo y complejo proceso de evangelización y que, evidentemente, en esta hora de su historia, quiere acertar, sin soslayar los problemas y las dificultades existentes, pero, sobre todo, quiere abrir caminos de esperanza hacia un futuro mejor, más evangélico, de cara a la construcción del Reino de Dios en medio de nuestro pueblo.

Algunos antecedentes históricos

Nuestro caminar viene de lejos, aunque seamos una diócesis de reciente creación canónica. Por una parte, la propia historia de la Iglesia en el País Vasco nos da muchas lecciones. Hemos amado mucho y nos hemos peleado muchas veces; en ocasiones, nos han podido las ideologías políticas y los enfrentamientos entre bandos. Hay quien dice que: <<...la Iglesia vasca es una Iglesia erosionada por la división y la polémica...>> (*Iglesia vasca, religión y nacionalidad en el siglo XX*. F. García Cortázar. Txertoa, 1988). Es verdad que hemos guerreado, pero no todo ha sido una permanente pelea. Hemos construido y mucho. Hemos generado grandes proyectos e iniciativas que nos han puesto en el punto de mira de muchísima gente, incluso como ejemplo de una Iglesia evangelizadora de vanguardia, una iglesia espiritual, comprometida con su pueblo y misionera, universal. Las contradicciones están ahí, los aciertos y los errores que hemos cometido también. Somos parte de una historia social y humana que tiene su importancia y que, a veces, no tomamos en suficiente consideración. No cabe dudar de la <<influencia decisiva de la Iglesia vasca en el desarrollo histórico del País Vasco>>, incluso en su <<función estructurante de la sociedad>> (*El crepúsculo de Dios*. L. Haranburu Altuna. Fundación Popular de Estudios Vascos 2016. Pg. 581). La Iglesia vasca ha sido <<el principal agente constructivo de lo que se ha llamado la mentalidad tradicional vasca, en los dos últimos siglos>> (o.c. pg.582), para bien y para mal. Es verdad que la sociedad vasca se ha secularizado, pero esto no quiere decir que la influencia del cristianismo

no sea decisiva, incluso que ahora mismo lo siga siendo, en gran medida. No partimos de cero, ni mucho menos. Contamos con la fe del pueblo fiel y el sentido humano de nuestra tradición social, política y cultural, tan emblemática, en muchísimos ámbitos de la realidad pública y privada (grupos, entidades, empresas, cooperativas...).

Por otra parte, en estos últimos años, después de todo el proceso del concilio Vaticano II y el difícil post-concilio, el Papa Francisco ha puesto a la Iglesia, a toda ella, en “estado de misión” y, la sociedad, en general, está expectante de sus movimientos y razones. Se nos ha invitado a impulsar una <<nueva etapa evangelizadora>>. Así lo dice él: <<quiero dirigirme a los fieles cristianos para invitarlos a una **nueva etapa evangelizadora**, marcada por, la alegría de Jesús, e indicar caminos para la marcha de la Iglesia en los próximos años>> (EG 1). Una Iglesia <<en salida; convertida; desde el corazón del evangelio; encarnada en los límites humanos; y madre con corazón abierto>> (EG 20-49).

Por supuesto que, la Iglesia, siempre ha sido evangelizadora y que lo es por identidad, y porque no podía ser de otra manera. Es un mandato evangélico: <<como el Padre me envió os envío a vosotros>> Jn 20, 21.; <<id y haced discípulos>> Mt 28, 19. Es un mandato magisterialmente asentado. En el último Concilio Vaticano II (*Ad Gentes 2*) se dice, que la Iglesia es por su misma naturaleza, misionera. A posteriori, se ha reflexionado, mucho y bien. En la Exhortación *Evangelii nuntiandi*, de Pablo VI, por ejemplo, se dirá en su nº 14 que: <<la Iglesia existe para evangelizar...>>. Que la evangelización es, <<el ser y el quehacer de la Iglesia>> y que, en este sentido, <<siempre estamos evangelizando>>. Nuestros obispos diocesanos de Euskalherria han reflexionado, al respecto, de una manera profunda y concreta, expresada en múltiples Cartas Pastorales particulares y colectivas de un valor extraordinario (*Al servicio del Evangelio, cartas pastorales conjuntas*, OBISPOS VASCOS, 2015 Vitoria).

En concreto, en el documento programático de nuestra Diócesis: “*Una Iglesia al servicio del evangelio*” firmado el 1 de enero del año 1999, bien que se recuerda que: <<nuestra Iglesia de San Sebastián existe para evangelizar>> que, evidentemente, <<es ésa su vocación, a la que quiere

ser fiel>>. Además se añade, que la evangelización es para nuestra Iglesia <<especialmente urgente en estos momentos>>. Se refiere a que <<se siente llamada a renovarse>>, y que busca <<instrumentos adecuados>>, así como otras Iglesias lo están haciendo, para <<servir>> y, reafirma que ese servicio que define su identidad, no es otro que <<el anuncio del evangelio>>.

Lo cierto es que, el siglo XX está lleno de iniciativas evangelizadoras interesantes. Se impulsaron la Acción Católica, los movimientos apostólicos, la misión de Francia, los sacerdotes obreros, el apostolado seglar con el Concilio Vaticano II, la llamada a la civilización del amor de Pablo VI, la nueva Evangelización de Juan Pablo II, el Atrio de los Gentiles de Benedicto XVI... Hasta llegar ahora, a la Exhortación programática del Papa Francisco, *Evangelii gaudium*, como un nuevo paso en este proceso evangelizador.

Pero, en el fondo, hay un problema doloroso que nos envuelve radicalmente. Tenemos que reconocer que sentimos como <<una sensación de fracaso y, el hecho de unas grandes dificultades para la misión>> (J. MARTIN VELASCO y otros, *la Evangelii gaudium y desafíos pastorales para la iglesia*. PPC 2014. Madrid). Se señalan, dos grandes cuestiones que inciden, especialmente, en este tiempo postmoderno y el espacio occidental: <<la radicalización del alejamiento de los destinatarios de Dios y el debilitamiento de la fe de los propios creyentes, afectados por la crisis de Dios y la indiferencia ambiental>>. **Alejamiento y debilitamiento**, dos palabras claves, para ahondar en el problema fundamental del momento: **la crisis de Dios y su incidencia en el dinamismo de un mundo tan injusto como el actual**, en muchas de sus iniciativas y proyectos, con el peligro de la desvalorización de la fe cristiana.

Por lo demás, es algo compartido, por muchos, que: <<hay que resituar el papel de la religión en nuestro mundo>> y, hay que hacerlo sin convertirnos en <<contraculturales>> sino, más bien, <<siendo capaces de compartir nuestra fe con todos los demás, en un plano de igualdad>>. El problema clave será, se dice: <<la relación con los otros y su reconocimiento, desde la escucha y el conocimiento de sus

particularidades>> (J.ELZO, *Morir para renacer. Otra Iglesia en la era global y plural*. Ed. San Pablo 2017).

Nos mueve la evangelización de nuestro pueblo

Nuestra preocupación es acertar en lo que **deberíamos hacer en esta Iglesia nuestra de hoy, para promover de manera efectiva el compromiso personal, comunitario y social necesario, para la evangelización de nuestro pueblo**. Y en este sentido, es evidente que, **el hoy es muy importante**. Hace años decíamos detectar “signos”, que nos hicieron reflexionar en torno a una sociedad que busca: <<más dignidad, justicia y felicidad para todos>>. La espera de la paz que se <<vislumbraba difícil pero cierta>> Y el <<sufrimiento de los excluidos de los bienes de la tierra>>. ¡Tantos marginados, tantos trabajadores en paro o con trabajos precarios y tantos violentados en su dignidad y sus derechos! que vemos todos los días. Detectábamos, cómo no, la necesidad de Dios <<en medio de la indiferencia y el agnosticismo que hace difícil la fe en Dios>>. ¡Tantos que se han alejado de la Iglesia y han abandonado la práctica religiosa...!, empezando por nuestras familias. Presentíamos una Iglesia nueva, con sus luces y sus sombras, con logros como <<la participación activa de los laicos, la revitalización de las celebraciones litúrgicas, el desarrollo de la pastoral de la caridad...>>, a la vez que descubríamos preocupaciones por << la pérdida de influencia social, el alejamiento de los jóvenes, el descenso de la práctica dominical, la crisis vocacional...>>. Y nos preguntábamos, incluso, si <<no estará Dios preparando los caminos hacia una Iglesia más fiel a Jesucristo...>> (“*Una Iglesia al servicio del evangelio*”).

El mundo de la postmodernidad actual supone un reto global para la fe cristiana en tanto y cuanto la <<sensibilidad postmoderna va en contra de las concepciones tradicionales sobre la unidad, santidad, catolicidad y apostolicidad de la Iglesia>> (Juan Antonio Estrada. *La Iglesia en una sociedad postmoderna*, pg. 215). <<Hay que replantear el modelo eclesial y dar un nuevo sentido a sus notas distintivas>> (o.c.). Hoy en día, <<se ha desarrollado el humanismo ateo y ha crecido la insensibilidad para lo religioso y lo sobrenatural>>. Podemos hablar de una <<segunda laicización, la sociedad, después de la del estado y el orden político, que

supera a la secularización entendida como pérdida de relevancia de la Iglesia>> (Ch. Taylor, *La edad secular*, Barcelona, Gedisa 2009).

Pero, también es muy importante ponernos de acuerdo en la evangelización que hay que buscar. Es opinión de muchos que, en este nuevo contexto, **el punto de partida de la evangelización debe ser la recuperación de la experiencia original** de <<la cercanía salvadora de Dios. Sin este encuentro, que se realiza en la relación íntima, personal y comunitaria, con la persona de Jesús, todo seguirá como hasta ahora>>. Actualizar la primera experiencia iniciada por Jesús y seguir sus pasos aquí y ahora es pues, lo prioritario. Y, consecuentemente, lo que hará falta siempre, serán personas que sean testigos de ese encuentro salvador y sanador. <<Si no se produce la renovación continua de esa experiencia, se introduce en el cristianismo, una ruptura trágica>> (JA. PAGOLA. *Caminos de evangelización*. PPC. 2017. Madrid).

También son muchos los que piensan que tenemos que revisar, **nuestras motivaciones** (EG 262-283). Lo prioritario es, dice el propio Papa <<el amor de Jesús que hemos recibido; esa experiencia de ser salvados por Él>> (EG 264). El haber descubierto <<el Evangelio como la respuesta a las necesidades más profundas de las personas>> (EG 265). El gusto espiritual de ser pueblo: ese querer estar cerca de la gente y tocar la carne sufriente. <<El amor a la gente>> (EG 268). El <<tener fe en la victoria del Señor de la historia>> (EG 278). El haber descubierto que <<cada persona es digna de nuestra entrega porque es obra de Dios como criatura suya>> (EG 274). El <<saber que si logro ayudar a una sola persona a vivir mejor, eso ya justifica la entrega de mi vida>> (EG 274). El <<querer buscar el bien de todos, deseando la felicidad de los otros como un bien para ti mismo>> (EG 272). El <<tratar de iluminar, bendecir, vivificar, levantar, sanar, liberar. El querer ser con los demás y para los demás>> (EG 273). El <<querer que en medio de la oscuridad brote algo nuevo>> (EG 276).

Y también, que tenemos que asegurar mejor, **nuestras prioridades**: la <<proclamación explícita de que Jesús es el Señor>> (EG 111-175). Que <<sea toda la Iglesia la que se implique, no sólo la jerarquía>> (EG 111), como pueblo que somos. Que <<es Dios quien ofrece la salvación al mundo entero, a todos, como gracia, que es lo primero que debe

alumbrar nuestras reflexiones>> (EG 112) Que el Señor llama a todos, <<que no hay élites, sino pueblo convocado>> (EG113). Que <<la Iglesia, como Pueblo de Dios, debe ser lugar de misericordia gratuita>> (EG 114). Que <<la Iglesia se debe encarnar en los diversos pueblos y sus culturas, que tienen derecho a una legítima autonomía>> (EG 115).Que <<la diversidad cultural no es amenaza y por eso no se debe imponer una determinada forma cultural>> (EG 117). Que <<cada uno de los bautizados somos agentes de evangelización, discípulos, con un nuevo protagonismo de cada uno>> (EG 120) con una <<mejor formación y más testimonio>> (EG 121). Que <<es muy importante la piedad popular encarnada en una cultura y un lugar, inculturada, que refleja la sed de Dios de los sencillos>> (EG 122-23) más por la vía simbólica que por la razón (EG 123). Que también <<es muy importante la predicación de los curas, siempre respetuosa y amable, para presentar la Palabra de Dios>> (EG 127) (EG 135-159), juntamente con los diversos carismas, como regalos de Dios dentro de <<una misma eclesialidad>> (EG 130). Que <<el encuentro entre la fe, la razón y las ciencias debe procurar desarrollar un nuevo discurso de credibilidad>> (EG 132). Que <<la teología en diálogo con otras ciencias y experiencias humanas tiene gran importancia>> (EG 133), así como las universidades y las escuelas católicas (EG 134). Que, de lo que se trata es de, <<anunciar el kerigma, no tanto de una formación doctrinal, sino de observar lo que el Señor nos reclama>> (EG 160). Que <<hay que abrirse a una catequesis mistagógica y kerigmática, al servicio del crecimiento de la fe, desde el primer anuncio; un anuncio del amor de Jesucristo como amor primero>> (EG 163). La mistagogía se refiere a la necesaria progresividad de la experiencia formativa y <<la renovada valoración de los signos litúrgicos>> (EG 166). Que también hay que abrir la catequesis al camino de la belleza. Que hay que mostrar que <<el seguimiento es algo verdadero, justo y bello, capaz de colmar la vida>> (EG 167). En lo que se refiere a la moral, <<lo que conviene es manifestar el bien deseable, la propuesta de vida, de madurez, de realización>> (EG 168). Por otra parte, que <<debemos iniciar en el acompañamiento personal, todo un arte de proximidad>> (EG169), como en <<el arte de escuchar, que es más que oír>> (EG 171). Y que <<en la base de toda evangelización está la Palabra

de Dios y es indispensable que esté cada vez más en el corazón de toda actividad eclesial y catequética>> (EG 174)

SITUARNOS EN ESTE MOMENTO DE LA HISTORIA (VER)

En los últimos años, estamos asistiendo a importantes acontecimientos y transformaciones sociales, políticas, económicas, culturales y religiosas que están modificando las coordenadas que regían nuestras vidas a diferentes niveles. Si bien algunos de estos procesos vienen de atrás, parece claro que, la llamada crisis económica del 2008 marca un punto de inflexión y es una fecha de referencia inevitable, para entender muchos de los acontecimientos que se van sucediendo en estos últimos años a nivel estatal, europeo y mundial.

Somos testigos de un profundo cambio

Vivimos tiempos de mudanzas. Los cambios son tan radicales que, algunos expertos los describen como, <<cambio de época>>. De la era de la imprenta, el conocimiento científico y la racionalidad, a la nueva era de las redes sociales de comunicación a escala universal. Desde el Renacimiento y la Reforma, la Revolución industrial y la obrera, la Sexual y la Juvenil, la Ecológica y la Feminista a la que nos va introduciendo en el universo cibernético y cuántico, de consecuencias impredecibles. Por otra parte, los llamados <<estados de bienestar redistributivos de la riqueza acumulada, por políticas sociales de ajuste, están siendo desplazados por corrientes neoliberales fuertes, con políticas de austeridad social y acumulación de la riqueza en pocas manos. En este sentido, el proceso de globalización en el que nos hallamos supone una creciente intercomunicación y unos grandes retos que cambiarán nuestras vidas>> (S.AMÍN, U.BECK *Respuestas a la globalización*. Paidós. Barcelona 1098). El poder se ha diversificado y se ha vuelto difuso; <<las estructuras democráticas tradicionales no están resultando idóneas para controlar los poderes económicos y mediáticos, que siguen lógicas transnacionales. Las necesidades y demandas de la población pasan a segundo plano, deslegitimando las democracias y abriendo puertas a los populismos con

efectos muy perversos que hay que interpretar>> (D. OLLER. *El declive de la política*. Pastoral Misionera 25 -2003-)

Por lo que se refiere a sociedades como las nuestras, altamente secularizadas, el olvido progresivo de la Trascendencia está siendo una constante. En cambio, <<las religiones, pueden hacer una importante aportación al colectivo social, porque no se puede negar aquella dimensión más profunda del ser del que hablan las religiones, sin caer en un mayor egoísmo...>> (D. OLLER. *Construir la convivencia. El nuevo orden mundial y las religiones*. CJ Barcelona 2008. nº 157)

En los últimos estudios sociológicos que se han realizado a nivel de Gipuzkoa, en aras a impulsar una convivencia mejor (Aztiker. *Cultura política de la población guipuzcoana 2017*. Diputación, departamento de DDHH), se insiste en <<la prevalencia de los criterios ordinarios de las actuales sociedades del norte de Europa>>, en donde se ve que, cada vez somos <<más individualistas y buscamos el amparo de la familia y de la administración para que nos aseguren los recursos necesarios para una buena vida, centrada, básicamente, en la salud, la ecología, la cultura, el tiempo libre, la sexualidad, y los amigos>>. Lo menos valorado y, a gran diferencia estadística, es la religión, así como la política, precisamente aquello que nos ha caracterizado durante siglos.

El Papa Francisco nos ha hablado de la <<crisis del compromiso comunitario>> (EG 52-75), y lo ha hecho con gran agudeza crítica, aunque siempre, desde una perspectiva esperanzada: <<La humanidad vive, en este momento, un giro histórico. Son de alabar los avances en el bienestar de la gente..., pero la mayoría vive precariamente el día a día, con consecuencias funestas... patologías, miedos, desesperación, la falta de respeto y la violencia... la iniquidad es cada vez más patente>> (EG 52) <<todo este proceso no hay que enfocarlo negativamente, porque, sin duda, se pueden detectar, también, signos de esperanza muy positivos, como por ejemplo, la crítica radical al anquilosamiento del orden establecido con tantos “indignados”; el rechazo de unas formas de vida, sabidas de siempre, y vividas a medias; la búsqueda de un nuevo modelo de vida social edificado en el ser más que en el tener o el hacer. El propio uso inteligente de la comunicación cibernética, puede ser un instrumento

transformador de alcance universal, encaminado hacia la defensa de la dignidad de la persona y el bien común, donde la Iglesia tendría un papel relevante que jugar>>. (EG 52)

Aquí, cabe subrayar, acaso, que hay bastantes tratadistas esperanzados, como señala el profesor Javier Elzo en su última obra: <<tengo la intuición y, no es algo meramente sociológico, de que pudiéramos estar en los albores de un nuevo cristianismo...considerando que nunca la Iglesia católica, en toda su historia, ha sido tan universal, tan extendida por el planeta como ahora y, que nunca ha estado tan alejada del poder político como en los tiempos actuales...>> (Javier Elzo, *Morir para renacer*. Ed. San pablo 2017).

En todo caso, la situación es difícil, y lo es, sobre todo, por nuestro contexto occidental, donde parece que <<las instituciones eclesíásticas han caducado y la importancia de la Iglesia en la sociedad ha dejado de ser visible...si bien, la irreductible apertura del hombre a lo otro posibilita la pervivencia de creyentes que optan por hacer del mensaje cristiano una opción existencial>> (o.c. *El crepúsculo de Dios*. Pg. 585)

Veamos cuáles son **las preocupaciones más evidentes de la Iglesia**, en este momento de la historia:

Preocupa la búsqueda exagerada de la gloria humana y el bienestar personal que se manifiesta en esta sociedad (el relativismo práctico)

Siguiendo a los Papas anteriores, el Papa Francisco y nuestros obispos, además de teólogos y pensadores diversos, insisten en la llamada <<dictadura del relativismo>> (*Caritas in veritate*. Benedicto XVI). Pero, a diferencia de la perspectiva marcadamente cultural anterior, el Papa insiste ahora, en el aspecto económico y político del problema. Ciertamente el relativismo secularista occidental es muy importante porque, busca reducir la fe y la Iglesia al ámbito de lo privado e íntimo pero, <<el relativismo particularmente peligroso y dañino, a nivel mundial, es el práctico>> (EG 4). Consiste en <<someter, tanto a Dios como a los pobres, a la inequidad>>, es decir, <<a los absolutos de la seguridad económica, del poder, de la vanagloria personal, así como a la explotación, la miseria, el hambre, la enfermedad, la desolación, frecuentemente, la

muerte>> (EG 80). Es un relativismo mucho más pernicioso que el cultural. Es el <<problema prioritario del mundo y de la Iglesia>>, dice el Papa. De ahí asoman muchos puntos que van a ser centrales en sus invitaciones a la <<conversión pastoral y eclesial>> que tenemos que saber acoger, por mucho que nos cueste.

También comparte el Papa la inquietud por la “mundanización de la fe” que tanto preocupó a sus antecesores. el problema no está tanto en la <<acrítica sintonía de los cristianos con la modernidad>>, o una <<desmedida exaltación de la libertad personal>> (Benedicto XVI, *Caritas in veritate*), sino que tiene unas raíces más espirituales, ya que consiste, en <<buscar únicamente la gloria humana y el bienestar personal, primar la apariencia, la vanidad, el prestigio y la ostentación o, asumir la auto-referencialidad como el único horizonte de la existencia>> (EN 93-97). Aquí es donde deberíamos de centrarnos.

Preocupa el clamor de los pobres, los parias y los crucificados del mundo que, no es debidamente atendido (las periferias existenciales)

Una mirada universal, católica, a este mundo, desde nosotros que, somos los ricos del planeta, no nos debe llevar a ocultar el clamor de los pobres, los parias y los crucificados del mundo. E, igualmente, tomar en serio su piedad, su religiosidad y la cultura popular. El Papa se refiere a una <<Iglesia en salida y llamada a ir a las periferias>> (EG 20). En este sentido, <<las periferias no son solo un tema, sino todo un programa de la Iglesia del futuro>> y, desde aquí, llegar o volver al centro. Un periférico es, <<aquel que es excluido del centro de la sociedad, del poder, de la riqueza y el bienestar>>. (A. RICCARDI, *Periferias*. Ed. Periféricos)

Es cierto que, los foros económicos y sociales mundiales son importantes en la construcción de un mundo más justo. Pero no cabe duda de que también, urge trabajar desde una perspectiva espiritual, basada en el amor y la compasión universales: <<lo principal es vivir la comunión, la connaturalidad, la participación, la empatía con los crucificados de este mundo, los preferidos de Dios>>: “lo que hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis” (Mt 25, 40). Después vendrá el dar razones, elaborar una doctrina, y proponer una pastoral adecuada. Se

trata de partir de las periferias. No sólo asistirles o atenderles sino <<que la Iglesia se construya desde ellos, porque la periferia queda como la eterna ausente del cristianismo>> (A. RICCARDI, *Periferias*. Ed. Periféricos)

Preocupa las dificultades que tenemos para acertar en la superación de una pastoral estancada y rutinaria (las falsas seguridades eclesiales)

En un renombrado Congreso celebrado en Barcelona el año 2014, sobre la pastoral en las grandes ciudades, se decía que tenemos que contar, de partida, con <<la pérdida de la dimensión religiosa en el mundo occidental; que somos menos creyentes; que la práctica religiosa dominical prácticamente es residual; que la indiferencia hacia lo religioso, cuando no el menosprecio y la burla, es algo ya dado por supuesto en una gran masa de ciudadanos >> (o.c. J.ELZO).

Pero la cosa viene de lejos porque, la verdad es que, son muchos ya los años en que, promovido por la Conferencia Episcopal Española se estudió la situación religiosa entre nosotros y la evangelización futura, y se decía, entre otras, cosas tan serias como éstas: <<hace muchos años que estamos hablando de parroquia misionera, de pastoral evangelizadora, de Iglesia al servicio del evangelio pero nuestros métodos y nuestras aspiraciones han cambiado bastante poco. La inmensa mayoría de nuestras parroquias, de nuestros colegios, de nuestros grupos siguen viviendo y actuando ahora, como hace veinte, treinta o cuarenta años. Y en muchas cosas peor, porque somos más rutinarios, porque tenemos menos iniciativas, porque la mayoría somos ya muy mayores>> (Congreso evangelización y hombre de hoy, 1986. EDICE. Madrid).

Se insistía en un análisis crudo de la realidad: <<Hay que reconocer el decaimiento religioso generalizado; la quiebra e insuficiencia de los cauces y procedimientos tradicionales en la transmisión de la fe; la necesidad de recuperar el vigor apostólico con la debida adaptación a las exigencias de la sociedad contemporánea. Por otra parte, es evidente que cada vez son más las personas que, en nuestros entornos, están necesitadas de una primera evangelización. Seguramente esta sea la misión más urgente de nuestra Iglesia y de todos nosotros, sacerdotes, laicos, y consagrados, pero estamos muy lejos de ello. Además, si ha de haber un renacimiento del compromiso evangelizador, tendrá que surgir primero una renovación espiritual y eclesial de nuestros cristianos, de todos, de nuestras comunidades y parroquias. El compromiso de hoy tiene que nacer y

crecer, de la fuerza espiritual de una Iglesia movida por una verdaderamente llamada misionera>> (Congreso parroquia evangelizadora. 1989. EDICE. Madrid)

Además, hoy en día, a causa de los fundamentalismos, tenemos un problema sustantivo que hay que saber abordar, sin complejos, y es la idea de que: <<todas las religiones son una amenaza para la convivencia y la libertad y que es evidente que existe un fanatismo incompatible con la democracia>>(El *nuevo ateísmo*. F. Conesa y J.M. Cejas. RIALP. Madrid 2012). Aquí habría que situar, a los llamados Nuevos Ateos, que tanto están incidiendo en nuestras universidades con sus proclamas de enemistad entre la ciencia y la religión, la incompatibilidad de la inteligencia y la fe religiosa, o la imposibilidad humana de ningún conocimiento de Dios o de cualquier Revelación religiosa, así como la inmoralidad de las religiones y especialmente el cristianismo

Refiriéndonos la situación de la Diócesis de San Sebastián, la encuesta del Consejo Presbiteral trabajada entre los años 2011-14 entre muchos presbíteros, se subraya: <<el cambio que se ha dado en todos los sectores sociales, las costumbres y las mentalidades>>. Se remarca que este cambio se ha dado en un tiempo muy corto y ha sido muy rápido....y, <<el indiferentismo religioso sigue creciendo entre nosotros...>>. En los últimos años, parece que ha afectado mucho <<la falta de suficiente comunión interna>>; también, claro está <<el envejecimiento de los responsables de la pastoral y la falta de revelo vocacional>>; el hecho evidente de que socialmente <<no se cuenta para nada con nosotros>>; juntamente a que hemos vivido una religiosidad muy ritualista pero <<poco cimentada en una experiencia de fe adulta>> (Consejo Presbiteral 2015).

Aquí, nos puede ayudar el llamamiento del Papa a la Curia Romana y en ese sentido a toda la Iglesia, manifestando la urgencia de la reforma y, al mismo tiempo, denunciando los bloqueos a la misma por parte de algunos. Así en las Navidades del 2013 marcaba el horizonte de la renovación eclesial (profesionalidad, servicio y santidad); en el 2014 denunciaba algunas enfermedades eclesísticas; en el 2015 proponía un catálogo de virtudes y en el 2016 avanzaba manchas y, afirmaba: <<en este camino es normal, incluso saludable, encontrar dificultades, que en

caso de la reforma, se podrían presentar según distintas tipologías de resistencia: los resistentes abiertos... con buena voluntad; los resistentes ocultos...que desean que todo continúe igual; los resistentes maliciosos...con malas intenciones. Las resistencias buenas son necesarias y merecen ser escuchadas...>> (*Sed pastores...* Editorial romana. Madrid 2016).

Recogiendo todas estas situaciones, el conocido profesor Andrea Riccardi se refiere, a la necesidad de <<reestructurar el catolicismo, buscando no que sea hegemónico, sino atractivo; no que se configure como “minoría combativa” sino como cristianismo del pueblo que insista en la “fascinación del evangelio”; no como defensor de “valores innegociables” sino como integrador de la realidad de las personas “incluso en sus aspectos más dolorosos como propugna *Amoris laetitia*” (o.c. pg.23).

Esta necesidad de la reforma pastoral actual, no es un salo en el vacío sino que debe ir acompañada por la esperanza de la que ya se inició hace un tiempo, con los movimientos de renovación eclesial previos al propio Concilio Vaticano II (el movimiento litúrgico, patrístico, ecuménico, bíblico, teológico, sacerdotal, laical...), el cual quedó formulado en las constituciones, decretos y demás documentos conciliares y postconciliares; se plasmó en la reforma de muchas congregaciones u órdenes religiosas y en las Iglesias particulares después de muchos esfuerzos ejemplares y no sin dificultades y graves crisis. El caso de nuestra propia Diócesis, también ofrece ejemplares esfuerzos. Ahí tenemos los trabajos del movimiento misionero inter-diocesano; el movimiento litúrgico, especialmente en euskara y sus trabajos beneméritos de traducción y composición musical; la pastoral parroquial, socio-caritativa y educacional-catequética; el movimiento juvenil, y el espiritual... Aquí habría que recordar los esfuerzos “colegiados” por una pastoral más comunitaria, participativa y misionera, con aquellos encuentros de Zestoa, las Asambleas de Loyola, los del Seminario Diocesano, Villa Gentza..., en aras de un marco pastoral evangelizador nuevo, guiados por los obispos diocesanos, con sus intervenciones y escritos, particulares y colectivos, tan estimados. De aquí surgieron los Planes Pastorales de cada Diócesis, sus líneas de orientación y los

esfuerzos de acción eclesial. En la nuestra, hablábamos de dejarnos <<renovar por el Espíritu>>, vivir <<al servicio del evangelio>>, ser una Iglesia <<acogedora y cercana>>, estar siempre <<junto a los que sufren>>, trabajar definitivamente <<por la paz>>, y hacerlo siempre desde la <<comunidad fraterna>> (*Una Iglesia al servicio del evangelio*. Idatz 1991).

Pues bien, la opción pastoral del Papa Francisco, ha inaugurado un nuevo tiempo de esperanza, que evidentemente no va en contra de lo que decíamos sino más bien, la profundiza y la universaliza, llenándonos de alegría, la alegría del evangelio. Porque, es cierto, como él dice que, <<la rutina, el cansancio, el individualismo personal o grupal, el escepticismo, el activismo, etc., están ahí, pero hace falta afrontar estos retos y esperanzas con una mezcla de firmeza, paciencia, tolerancia y buen humor>>. Tenemos indicadores claros que él ha propuesto a la Curia y a toda la Iglesia, que pueden ayudarnos a la hora de discernir la fidelidad evangélica en el camino de la reforma eclesial actual:

- La conversión personal de cada individuo, basada en la contemplación de la Palabra, en la oración y el evangelio (Mt 4, 17)
- La conversión del talante de la acción pastoral para que sea expresión del servicio humilde del que lava los pies a sus discípulos (Jn 13, 13-17)
- La misión de anunciar a la persona de Jesucristo encarnado, muerto y resucitado en el seno de la Iglesia (Mc 4, 15)
- Sentido común y diálogo inteligente con las personas, con la modernidad y las necesidades del mundo (Mt 7, 24-27)
- Flexibilidad y adaptación permanente a la diversidad de situaciones y desafíos sociales y pastorales (Mt 13, 47-50)
- La actualización permanente y dinámica de los proyectos de renovación en respuesta a los signos de los tiempos (Mt 13, 51)
- La sobriedad de los medios propios del evangelio, de Jesús y de sus testigos (Lc 5, 10-11)
- Superación de todo tipo de competitividad entre la Iglesia y la sociedad a fin de encarnar la revelación en la cultura (Jn 2, 1-11)

- Sinodalidad eclesial, para caminar juntos en una Iglesia comunitaria, circular y en red (Jn 2, 1-11)
- Catolicidad para abrirnos a todos los pueblos y continentes, culturas, humanismos y espiritualidades desde la identidad evangélica (Mt 28, 18-20)
- Preparación permanente, para capacitarnos en los diversos cometidos y tareas de la Iglesia (Lc 15, 3-7)
- Gradualidad o discernimiento permanente de los signos de los tiempos y el acompañamiento de los procesos personales (Mt 13, 31-32)

Pero todo este proceso, complejo y abierto, exige honestidad y buena disposición que puede quedar herida por diversas tentaciones que nos desfiguran a todos. El Papa destaca las siguientes: <<la gestión personalista del tiempo, prescindiendo del de nuestras comunidades; las habladurías; las medias verdades: la letanía de lamentos; la dureza de quien juzga sin implicarse y el laxismo de quienes no se hacen cargo de nada... la erosión por celos; la ceguera por envidia; la ambición, las camarillas, el sectarismo...el repliegue en las formas del pasado, las seguridades perdidas, la negación de la diversidad...>> (EG 10)

No cabe duda de que, la mirada creyente a la realidad contemporánea, pone de relieve que, es urgente pasar de ser espectadores de este proceso de cambio universal a implicarnos activamente en la dinamización del mismo, de una manera consciente y consecuente. Para ello necesitamos unos criterios de discernimiento y unas directrices de acción.

CRITERIOS DE DISCERNIMIENTO (JUZGAR)

No tenemos que olvidar lo que, durante estos años, hemos trabajado, reflexionado y puesto en valor, en nuestra diócesis, siguiendo criterios muy fundamentales, que habría que recordar vivamente (*Al servicio de la Palabra y Al servicio del Evangelio. Cartas pastorales de los obispos de EH*, 2015. Vitoria-Gasteiz). Ahí se nos hablaba de <<evangelizar en medio de la increencia; de redescubrir el lugar de la familia y los laicos en la sociedad y en la Iglesia; de vivir al servicio de una fe más viva; de anunciar a Él y no a

nosotros; de revitalizar la oración hoy; de transmitir la fe en el mundo actual; de renovar nuestras comunidades cristianas; de acoger la Palabra; de impulsar una economía al servicio de las personas; de vivir con un corazón ardiente y una misericordia entrañable; de educar en la comunión>>.

No cabe duda de que, siempre, pero más ahora, después de la crisis que padecemos, hay que preguntarse qué tipo de persona, de comunidad y de sociedad queremos construir, siendo fieles al Reino de Dios y en el respeto a los Derechos Humanos, por muy en “minoridad” que vivamos. Tenemos que buscar nuevos paradigmas que, nos ayuden a comprender mejor, la realidad; que pongan en juego una racionalidad diferente, más humana y mejor trenzada por el sentido de la responsabilidad, la capacidad de relacionar cosas y fenómenos y, sobre todo, necesitamos iniciativas en torno a proyectos nuevos, plausibles y significativos, en torno a las experiencias que vayamos detectando a nuestro alrededor. En este sentido, podemos subrayar algunos criterios, de especial profundidad y urgencia, de cara a discernir nuestro futuro:

1. Actuar desde la misericordia compasiva de un Dios Salvador, como modo de vida cristiano ordinario

En la Bula *Misericordiae vultus*, emitido por el Papa Francisco con el Jubileo de la Misericordia que comenzó el 8 de diciembre de 2015 y concluyó el 20 de noviembre de 2016, se decía que <<la misericordia es la ley fundamental que habita en el corazón de cada persona cuando mira con ojos sinceros al hermano que encuentra en el camino de la vida>>.

Pues bien, cabe afirmar, siguiendo a muchos estudiosos del tema, que la misericordia es una forma de mirar el mundo que nos cambia y que nos coloca en la posición de querer cambiar el mundo. La mirada misericordiosa nos saca de los senderos conocidos y rompe radicalmente nuestra cotidianidad. La mirada misericordiosa no conoce fronteras, es universal. Sabe leer los signos de los tiempos y es escatológica: confiada por el “ya” y esperanzada por el “todavía no”. Es activa: nos lleva a encargarnos de la realidad. Nos des-coloca, nos re-sitúa, nos lleva a cuestionarnos nuestro lugar en el mundo, nuestras seguridades y nuestros

intereses. Y nos reconcilia con nuestra debilidad, nos convierte en testigos de la esperanza.

Es muy importante la mirada. Mirar con ojos sinceros al hermano significa, claro está, preguntarnos por los otros. ¿Quiénes son los otros? Hay quien dice que <<la categoría de los otros ha dejado de existir>> (Ulrich Bech) pero es lo contrario, porque vivimos en tiempos de globalidad, lo que significa que, nadie vive al margen de los demás. Tenemos que asumir como dice el Papa que: <<habitamos el desafío urgente de nuestra casa común, que incluye la preocupación de unir a toda la familia humana en la búsqueda de un desarrollo sostenible e integral. El Creador no nos abandona, nunca hizo marcha atrás en su proyecto de amor, no se arrepiente de habernos creado. La humanidad aún posee la capacidad de colaborar para construir nuestra casa común>> (*Laudato si*).

La misericordia debe tener una dimensión estructural

Hoy creyentes y no creyentes estamos de acuerdo en que la tierra es esencialmente una herencia común, cuyos frutos deben beneficiar a todos. <<El principio de la subordinación de la propiedad privada, el destino universal de los bienes y, por tanto, el derecho universal a su uso es una “regla de oro” del comportamiento social cristiano y el primer principio de todo el ordenamiento ético-social>> (*Laudato si*).

Es por eso que, la espiritualidad cristiana propone un modo alternativo de entender la calidad de vida, y alienta un estilo de vida profético y contemplativo, capaz de gozar profundamente sin obsesionarse por el consumo (el mercado tiende a crear un mecanismo consumista compulsivo para colocar sus productos). Propone un crecimiento con sobriedad y una capacidad de gozar con poco. Un retorno a la simplicidad que nos permite detenernos a valorar lo pequeño, agradecer las posibilidades que ofrece la vida sin apegarnos a lo que tenemos ni entristecernos por lo que no poseemos.

Pero, no basta que cada uno sea mejor, para resolver una situación tan compleja como la que afronta el mundo actual. Los individuos aislados

pueden perder su capacidad y su libertad para superar la lógica de este mundo y terminar a merced de un consumismo sin ética alguna, y sin sentido social y ambiental. A los problemas sociales se responde con redes comunitarias, no con la simple suma de bienes individuales.

Esta misericordia debe saber leer los “signos de los tiempos”

El Papa Francisco habla de un “sueño”, al modo de Martin Luther King cuando se refirió a los movimientos de derechos civiles norteamericanos y, además, quiere implicar a toda la Iglesia. Habla de <<primerear, involucrarse, acompañar, fructificar y festejar>> (EG 24). <<Somos una comunidad que experimenta la iniciativa de Dios con nosotros, es Él, quien nos ha amado el primero (1 Jn 4,10). Debemos estar deseosos de brindar misericordia...desde la propia conversión. La Iglesia debe involucrarse como Jesús que lavó los pies de sus discípulos...con obras y gestos...asumiendo la vida humana...”tener olor a oveja”. Y disponernos a acompañar a la humanidad en todos sus procesos con paciencia. Y fructificar. Encontrar la manera de que la Palabra se inserte y de sus frutos sin perder la paz por la cizaña...Nuestro sueño debe ser el de que la Palabra sea acogida y manifieste su potencia liberadora y renovadora. Y, por otra parte, hay que saber festejar. Celebrar y festejar cada pequeña victoria. No hay que caer en el riesgo del mundo actual: encerrarnos en nosotros mismos, no dejar espacio para los demás, que los pobres no entren en nuestras vidas, que ya no escuchemos la voz de Dios... (EG 2). Hay que recordar siempre que “el amor del Señor no se ha acabado, no se ha agotado su ternura. Mañana tras mañana se renueva. ¡Grande es su fidelidad! (Lm 3, 17.21-23.26)>> (EG 6).

Por tanto, <<a la relación auténtica con Dios en Cristo que, al hacerse carne y plantar su tienda entre nosotros, ha decidido asumir salvíficamente el mundo y la historia y llamarnos a participar activa y responsablemente en la realización de su proyecto, que en la historia se revela y desde la historia llama y convoca, sólo se puede responder con fidelidad mediante una relación honesta con la realidad histórica, lo cual significa, atención cuidadosa a lo que sucede, la captación de los llamados “signos de los tiempos”, como los presupuestos raíces de todo escuchar a

Dios, y de toda relación auténtica del hombre con Él>>. (Julio Lois, *Identidad cristiana y compromiso*, HOAC, Madrid 1989).

El presente es una verdadera oportunidad para desarrollar una mirada misericordiosa sincera. <<Para ver esta época como *kairós* se precisa una espiritualidad de atención crítica a lo que está aconteciendo, lista para discernir la diferencia entre lo que hay que hacer y lo que hay que dejar de hacer>> (James W. Heising, *Diálogos...* Herder, Barcelona 2005).

El Papa es muy claro: <<Hay cosas a las que hay que decir “no” con firmeza, hay que poner límites, como el mandato del “no matar” pone un límite claro a la vida>> (EG 53). <<No, a una economía de la exclusión, de la iniquidad. Una economía que mata... >> (EG 53). Hay cosas que no se pueden tolerar... Pone ejemplos sangrantes (que la muerte de frío de un mendigo no sea noticia; que morir de hambre sea algo cotidiano...). <<El hecho de la exclusión debe centrar nuestra reflexión (sin trabajo, sin horizontes, sin salida). Es mucho más que explotación y opresión...es algo nuevo: la cultura del descarte... ya no se está en la sociedad, ni siquiera en las clases bajas, en la periferia, o sin poder, no, ahora se está fuera. Los excluidos no son explotados sino desechos, sobrantes>>. Y otro sonoro “no” a la nueva idolatría del dinero (EG55). <<No a un dinero que gobierna en vez de servir>> (EG57). <<No a la iniquidad que genera violencia>> (EG59).

Una misericordia que debe estar llena de esperanza

Hace ya un tiempo que el teólogo Jürgen Moltman se preguntaba de esta manera: << ¿tenemos los cristianos una visión de esperanza para este mundo o, por el contrario, el cristianismo establecido se ha fundido de tal modo con nuestra sociedad que compartimos las ambigüedades y contradicciones de ésta y ya no tenemos ningún mensaje de esperanza que ofrecer a nuestros contemporáneos?>> (*La justicia crea futuro*, Sal Terrae, Santander 1992).

Ignacio Ellacuría hablaba de que, el estar cristiano en el mundo, se caracterizaba por **hacerse cargo** de la realidad (dimensión intelectual); por **cargar con** la realidad (dimensión ética); por encargarse de la realidad (dimensión praxica) y por **dejarse cargar** por la realidad (dimensión de

gracia). En este sentido, podríamos decir que depende de nosotros que la esperanza no mienta en el mundo.

2. En una Iglesia en salida, abierta a todos, que anhela la paz definitiva entre las gentes y los pueblos

La Iglesia <<en salida>> que dice el Papa (EG 46-49), es una Iglesia con las puertas abiertas. Abierta en sus templos como lugares de acogida, silencio y meditación. Abierta en la recepción de los sacramentos, sobre todo el Bautismo y la Eucaristía, sin dar la imagen de ser unos “aduaneros”, unos <<controladores de la gracia y no facilitadores>> (EG 47). La dimensión mística de la fe hace vivir, en la verdad, a los creyentes.

Una Iglesia abierta a todos, pero, sobre todo a <<los pobres y enfermos, a esos que suelen ser despreciados y olvidados, no tanto a los amigos y vecinos ricos>>. A los que <<no tienen con qué recompensarte>> (EG 48). En este sentido, el último mensaje pontificio en la Jornada Mundial de las Misiones del 2017, se señala enfáticamente que: <<la misión de la Iglesia, destinada todas las personas de buena voluntad, está fundada sobre la fuerza transformadora del Evangelio...>>; no se trata de <<la propagación de una ideología religiosa, ni tampoco la propuesta de una ética sublime... a través de la Iglesia Jesucristo sigue evangelizando y actuando; por eso ella representa el tiempo propicio de la salvación en la historia...a través del anuncio del Evangelio...>> (Boletín Oficial Diócesis de San Sebastián- Octubre-Noviembre 2017. Pg 761ss) Se ha hecho famosa aquella frase del Papa referida a su tierra argentina: <<prefiero una Iglesia accidentada, herida y manchada por salir a la calle, antes que una Iglesia enferma por el encierro y la comodidad de aferrarse a las propias seguridades>> (EG 49). Hay que salir a la calle a <<ofrecer a todos la vida de Jesucristo>>, que es paz y bien definitivo.

Además, nosotros, como Iglesia diocesana, tenemos y podemos aportar mucho todavía, sobre todo, en lo que respecta a la paz y la reconciliación de nuestro pueblo, pero no tenemos que hacerlo a caballo de los diversos movimientos sociales que se dan en nuestro contexto, sino desde nuestra identidad e historia, aunque siempre deberíamos de saber colaborar, y, sobre todo, estar junto a las víctimas de la violencia y los defensores

verdaderos de los Derechos Humanos. La misión de la Iglesia está animada por una espiritualidad propia, <<la espiritualidad de éxodo continuo>>. Se trata de <<salir de la propia comodidad y atreverse a llegar a todas las periferias que necesitan la luz del Evangelio>> (EG 20).

En el documento presentado al Consejo Presbiteral como reflexión pastoral, después de las encuestas recibidas, se habla de la paz pero denota un cierto pesimismo por lo que, en este momento, pudiéramos aportar como Iglesia. Así se afirma que <<quizás puede parecer un poco tarde...lo podríamos hacer en algunas parroquias...hay que profundizar en el tema con humildad...>>. En todo caso, sí que se ve claro que, tenemos que recorrer este camino sin cansarnos ni relajarnos: <<un signo sería contar con comunidades caracterizadas por la misericordia...hay que recuperar el perdón...trabajarlo con las nuevas generaciones>>.

No hay que olvidar que, nuestro pueblo ha vivido, muchos años, una dolorosa situación de violencia injustificable. No es de recibo dejarlo pasar. Es cierto que todavía no existe un acuerdo compartido sobre la naturaleza y las causas de esa violencia y sobre la definitiva resolución de sus consecuencias, sobre todo, en el tema de los presos y los delitos no prescriptos. Sin embargo, estamos en un tiempo nuevo, mucho más esperanzado y, un clima de distensión muy positivos. Es evidente que, para nosotros, la paz es y será siempre, un objetivo irrenunciable.

Pero no hay que mirar solo a lo nuestro. Por suerte, en los últimos decenios se ha unido la paz y el cuidado de la Tierra, así como la defensa del hombre y su dignidad, desde un punto de vista global. Las reuniones de jefes de estado o representantes, así como las Iglesias y religiones están dando algunos frutos al controlar cada vez más las emisiones de gases contaminantes y moderar la explotación de los recursos naturales que disponemos para vivir. También la preocupación ecológica que se manifiesta en nuestro pueblo es exponente de un modo mucho más saludable y humano de vivir que se va extendido en amplias capas de la población. Lo mismo diríamos de la Iglesia y su Doctrina Social, llamándonos a una Ecología Integral humana, desde las expectativas creadas por la Exhortación papal *Laudato si*, que deberíamos trabajarla más. Sin embargo, queda mucho por hacer en la defensa de la naturaleza

(escasez de agua, deforestación, incineradoras, incendios...), como queda mucho que hacer en el ámbito de la convivencia. Por una parte integrar en el desarrollo a las poblaciones que habitan en regiones sumidas en la pobreza e incultura, sin olvidar que <<el progreso es el nuevo nombre de la paz>> (Populorum progresio). Y por otro parte, procurar la concordia entre los pueblos que viven en medio de conflictos, violencias de todo tipo, guerras que matan a generaciones enteras y destruyen la convivencia ordinaria, aquí, entre nosotros y allí donde tantos y tantas tienen que migrar de sus casa buscando nuevas oportunidades.

PROPUESTAS OPERATIVAS A TRABAJAR (ACTUAR)

Siguiendo el análisis que hacíamos y acogiendo el espíritu de la misericordia de Dios en Jesús, realizada, por muy imperfectamente que sea, en esta nuestra Iglesia Diocesana, tenemos ahora que incidir en lo operativo, pero nunca de un modo excluyente sino integrador, siempre propositivo y abierto a todos. ¿Qué tendríamos que hacer hoy y aquí?

1. Tenemos que unirnos a la <<reforma misionera>> de la Iglesia que está en marcha a nivel universal

El Papa Francisco al escribir la encíclica *Laudato si*, dice que había escrito su primera exhortación, *Evangelii gaudium*, <<a los miembros de la Iglesia para poner en marcha un proceso de reforma misionera que aún está por realizarse>> (LS 3).

Como bien sabemos, en pleno siglo XX, el concilio Vaticano II recogió los frutos de los diversos procesos de renovación anteriores, entre los cuales destacan los movimientos a nivel bíblico (Dei verbum), litúrgico (Sacrosantum concilium), eclesiológico (Lumen Gentium), misionero (Ad gentes), pastoral (Gaudium et spes) y ecuménico (Unitatis redintegratio). Los papas y los documentos del tiempo supieron captar la novedad de Dios para este momento histórico de la Iglesia. <<Cristo llama a la Iglesia a una perenne reforma, de la Iglesia misma>> (EG 26).

Ahora bien, la <<buena reforma>> como decía Juan XXIII se hace desde la fidelidad a las fuentes y el *aggiornamento* al tiempo presente. Por eso,

necesita, conocer el punto de partida, las deformaciones, y necesita tener claro la dirección a seguir, el Reino de Dios. Todo ello estará salpicado de sujetos disponibles con respecto al Espíritu y capaces de salir de sí, porque quien se cierra en sí mismo, es incapaz de apoyar procesos de reforma: de ahí la <<absoluta prioridad>> (EG 179) de salir de sí. La reforma implica audacia de salir, aun cuando ello conlleve el peligro de incurrir en incidentes y la pérdida de la propia comodidad, que induce a encerrarse en sí mismo (EG 49).

La reforma de la Iglesia, en la cual estamos implicados, se concentra en un sueño misionero capaz de renovarlo todo: <<sueño con una opción misionera, es decir, un impulso misionero capaz de transformarlo todo...>>. <<Toda renovación en la Iglesia debe tener la misión como su fin, si no desea ser presa de una especie de introversión eclesial>> (EG 27).

Tener la misión como nuestro fin significa proponernos el Reino de Dios como <<la formación de una comunidad humana de salvación>> (A. Join-Lambert. *La misión cristiana y la Modernidad líquida*. Etudes 161, 4241-2017). En este sentido estamos llamados a tener claro nuestro proyecto pastoral como origen de la iniciativa, a que sea dialógica en su dinámica funcional y que la relación entre la Iglesia y el mundo sea simétrica y suficientemente plural dentro de un contexto cultural “líquido” (Bauman) en torno a las esperanzas de nuestros contemporáneos en el campo del sentido. Así, el evangelio podría ser percibido como <<un mensaje existencial y trascendental bueno para todos>> (A. Join-Lambert. oc.).

De todas maneras, <<priorizar esta opción sería simplista si se considera única y exclusiva, porque los modelos misioneros no son aplicables en todas partes y para todos>>. <<Lo propio de nuestra Iglesia no sería adoptar un modelo misionero único..., sino permitir e incluso incitar a la coexistencia de varios modelos misioneros en cada Iglesia particular>>. Aquí es lo que proponemos al impulsar un Marco Pastoral desde donde se hacen comprensibles los diversos modelos misioneros a buscar. Ha llegado el momento de que <<los responsables diocesanos organicen la pluralidad, discerniéndola en función de las personas bautizadas y de las que están alrededor de ellas>> (o.c. pg 150) y, para eso deben valer las

organizaciones (unidades pastorales, comunidades, arciprestazgos, vicarias...).

2. Tenemos que introducir la pregunta por Dios, de una manera nueva y decisiva

Recientemente, el propio Papa emérito Benedicto XVI, en uno de sus últimos testimonios escritos (*Últimas conversaciones* con Peter Seewald. Mensajero 2016) nos adelanta su gran preocupación y clama por una teología renovadora y actual en torno al tema fundamental de la fe que, no lo olvidemos, es Dios. Ante la pregunta de dónde está Dios, dónde el cielo y su trono, Benedicto XVI afirma con fuerza <<algo así no existe: un lugar donde él tenga su trono...hay que desprenderse enteramente de estas antiguas nociones espaciales, que no sirven ya...porque Dios no puede estar en algún lugar, sino que su presencia es de índole distinta>>. Continúa con su respuesta, para sorpresa de muchos y dice: <<es realmente importante que renovemos en muchos aspectos nuestro pensamiento, que eliminemos por completo nociones espaciales y que entendamos las cosas de un modo nuevo... Creo que aquí hay mucho que cambiar...; la traducción de la teología y la fe al lenguaje actual presenta todavía enormes deficiencias; es necesario crear esquemas de representación que ayuden a los hombres a entender en la actualidad que no deben buscar a Dios en un lugar concreto. Aquí hay mucho que hacer>> (o.c.289-90).

Pues bien, el Papa Francisco, ha seguido este criterio y aunque muchos no lo crean, ha buceado por las profundidades teológicas y sus aplicaciones prácticas, con resultados sorprendentes que, tendrán consecuencias muy serias en la vida de la iglesia y del mundo. Así el día siguiente de su elección afirmó que: <<el nombre de nuestro Dios es misericordia>> y que <<un poco de misericordia podía también cambiar el mundo>>, o cuando menos, hacerlo <<menos frío y más justo>>.El Papa recupera y reconduce un debate de enorme alcance sobre la representación de Dios y el discurso menos inadecuado para hablar de Dios y relacionarse con Él.

Es evidente que ha existido y existe, entre nosotros, un discurso y una espiritualidad centrados en el “imaginario” del juez, un Dios juez, que procede implacablemente en conformidad con el cumplimiento o no de la ley (Mt 25, 31ss). La importancia de las obras y los méritos para lograr la salvación, ha tenido y tiene, un enorme arraigo en la mentalidad católica clásica.

Pero también existía y existe, un discurso y espiritualidad presididos por el imaginario de un Dios acogedor y comprensivo que se transparentaba en la parábola del hijo pródigo (Lc 15, 11-32) y, en el caso de la mujer sorprendida en adulterio (Jn 8, 1-11). Aquí, el acento, no se pone en las obras que había que realizar para ganar el cielo, o en el temor, sino en el reconocimiento de la propia debilidad y en la confianza en Dios.

En esta aparente disyuntiva teológico-pastoral, Francisco propone la representación, el discurso y la espiritualidad de un Dios misericordioso, retomando los ensayos más serenos que desde la finalización del concilio Vaticano II se habían realizado, y que buscaban articular la indudable importancia de las <<obras>> católicas con la no menos innegable preocupación luterana por la <<gracia>> de la salvación.

Según el Papa, el centro ya no lo ocupaba ni la gracia ni las obras, sino la misericordia, siguiendo a Jesús y conjugando la gracia antecedente y las obras consecuentes. Nada que ver con el premio, con la conquista, o con el temor, sino con la respuesta agradecida.

Aquí asoma lo que el propio Papa calificó como <<conversión espiritual>>, posiblemente la más importante de todas las conversiones, a las que se irá refiriendo en diferentes ocasiones y la que sustenta la llamada <<conversión pastoral>> a la cual estamos llamados todos los cristianos, a nivel universal y particular.

Por tanto, en el horizonte de nuestra acción evangelizadora tiene que estar la tarea humilde pero firme de introducir la pregunta de Dios en la búsqueda del sentido de la vida, como fuente para actuar de manera responsable y, esperanza última, para afrontar el misterio de la vida y de la muerte, como proyecto de humanización plena, abierta y universal. Pero, es muy importante saber que <<los de hoy, no son tiempos de

imponer certezas ni de adoctrinar, sino más bien, se trata de acompañar a las personas a preguntarse por el fundamento último de la existencia>> (JA. PAGOLA, *Caminos de evangelización*, PPC 2017)

Tenemos que darnos cuenta de que lo más urgente, el servicio más grande y más urgente que la Iglesia tiene que hacer a nuestra sociedad, el bien más grande que podemos hacer a nuestro amigo o nuestro vecino, es ayudarle a creer en Dios, ayudarle a descubrir a Jesucristo como Salvador, a verse a sí mismo como hijo de Dios y heredero de la vida eterna. La Iglesia entera debe desplegar un esfuerzo extraordinario para contrarrestar los fermentos y falsos argumentos a favor de la indiferencia moral y religiosa que circulan en nuestra sociedad, en ayudar a los hombres y mujeres de buena voluntad a creer en el Dios de Jesucristo como Padre común y fuente de la vida verdadera, seleccionando los contenidos y los métodos de nuestro servicio en función de este objetivo primordial, esencialmente religioso-espiritual y estrictamente misionero.

3. Tenemos que dejarnos afectar mucho más por los pobres

Hay un vínculo inseparable, dice Francisco, entre nuestra fe y los pobres (EG 48). Así lo había establecido Jesús al hacerse pobre, vivir como tal y buscar la compañía de ellos. El Nazareno se auto-comprendió, desde el principio, enviado por el Espíritu para anunciarles la Buena Nueva. Por eso, estuvieron en el centro de su corazón, se identificó con ellos (Mt 25, 31 ss.) y les enseñó que la misericordia con ellos era la llave para entrar en el reino de los cielos. En definitiva, <<todo el camino de nuestra redención>> estaba <<signado por los pobres>>, por su cultura y, de modo particular, por su piedad y religiosidad (EG 97; 265; 48). La opción por los enfermos, los despreciados y los olvidados no es tanto cultural, sociológica, política o filosófica, sino, ante todo y, sobre todo, teológica (EG 198. 48).

El Papa nos recuerda que <<nos hemos olvidado de llorar>> y nos hemos instalado en <la globalización de la indiferencia>> y en la <<cultura del descarte>> (EG 53-54). Que nos afecte el dolor ajeno es la clave de la compasión y la indignación (EG 24), los <<dos sentimientos morales más

elementales para la verdadera caridad cristiana>> que está centrada en la misericordia de Dios Amor. Nos reclama ponernos a tiro de los pobres y tomar en serio la dinámica samaritana. Es cierto que, todo esto, compromete la propia seguridad, el dinero, el tiempo, la persona misma (Lc 10,33ss), pero, se nos exige acoger las necesidades reales de las víctimas (no las que nos imaginamos nosotros), de la exclusión, y preguntarles a ellas (son las protagonistas) y no suplirles, con nuestras tomas de postura.

Aquí se trata de contrastar la vida y sus desafíos, la realidad, y el mensaje del Evangelio. Antes que cuestiones técnicas son cuestiones de Dios, teologales. Dios comparte el clamor de su pueblo. En la complejidad de los problemas, acabamos no diciendo nada sobre las personas sufridoras, los desahuciados y la precaria situación de las víctimas; <<sólo el dolor es condición de verdad>>, decía Ignacio Ellacuría. Sólo la cercanía a las víctimas nos libera del secuestro de las ideologías. Leer la realidad teologalmente es adoptar el ángulo de Dios que, mira a los últimos con dolor y, sufre con ellos, con los más vulnerables. Por suerte experiencias como Caritas, Pastoral de enfermos, Pastoral penitenciaria, Migrantes y tantas otras iniciativas eclesiales y sociales, a nuestro alrededor, nos pueden orientar en el camino a seguir e iluminar una Iglesia que evangeliza amando más que hablando.

Los cristianos bien sabemos que tener los mismos sentimientos de Jesucristo (Flp 2, 5) es, el criterio fundamental para la autenticidad de nuestra fe, así como el remedio para no ser devorados por un <<nuevo paganismo individualista>> (EG 195). Este es otro de los puntos fundamentales de <<la conversión pastoral>>, estrechamente vinculada a la espiritual: quien, realmente, busca conocer y relacionarse con Dios tiene en los pobres a los mejores iniciadores o mistagogos ya que, nadie como ellos, conoce <<al Cristo sufriente, en sus mismos dolores>> (EG 198).

Es cierto, como dice el Papa, que la vida y la piedad de los pobres necesita ser purificada de machismo, alcoholismo, de violencia doméstica, de creencias fatalistas poco sacramentales o supersticiones. Pero, es innegable que, una vez depuradas, Dios presenta un rostro concreto y

que, del trato con Él, por mediación de los pobres, brota una relación liberadora y abierta a los demás que bien lo necesitamos. Aquí no hay sitio para el <<consumismo espiritual>> a la medida del <<individualismo enfermizo>>; ni para <<experiencias subjetivas sin rostros>> que empiezan y acaban en pura introspección; ni para una <<teología de la prosperidad>> sin compromisos fraternos; ni para confundir a Dios y a Jesús con una <<energía armonizadora>> (EG 89-90).

En este marco, el <<no te olvides de los pobres>> del cardenal brasileño Hummes a Francisco, recién elegido Papa, nos vale a todos. Olvidarlos es imperdonable, éticamente hablando, y lo es, sobre todo, teológicamente, como olvido del Dios encarnado en Jesús por obra del Espíritu Santo.

La Iglesia debería apostar por ser <<abogada de justicia y defensora de los pobres>> (Documento Aparecida, nº 399), desde una <<renovada pastoral social para la promoción humana integral>>, lo cual implica trabajar a varios niveles: Primero, **la amistad con los pobres**. No son un mero objeto de nuestra caridad. Son <<vicarios de Cristo>>. No se trata de hacer cosas o prestar ayudas, sino de ser hermanos desde la <<complicidad con los excluidos>>. Dice Francisco, <<estamos llamados a ser sus amigos, a escucharlos, a interpelarlos y a recoger lo que Dios quiere comunicarnos a través de ellos>> (EG 198) Segundo, **la asistencia a los pobres**. Es algo que no se puede orillar. Puede ser un componente imprescindible pero, deberá ser otorgada de manera que no pueda ser vivida como humillación, porque hay estilos de generosidad que humillan. Por eso, ciertas ayudas, dice, “*deberían pensarse como ayudas pasajeras*” (EG 102). Tercero, **la promoción de los pobres**. Esta ayuda acentúa el desarrollo de capacidades y de habilidades personales. Cuarto, **la transformación de estructuras** que, impide el individualismo moral: reducir los problemas económicos y sociales a meros problemas personales. Se ignoran así las dimensiones estructurales que laten por debajo y las causas y los responsables de los problemas. Muchos quieren que la administración dé respuesta a situaciones límites intolerables, pero sin una institucionalización de los derechos de las personas. Es como un <<capitalismo compasivo>>, inaceptable. Por eso, <<hay que resolver las causas estructurales de la pobreza y promover el desarrollo integral de los

pobres>> (EG 188). Quinto, la **denuncia profética**. El reto es anunciar la Buena Noticia con <<*audacia y entrega esperanzada*>> (EG 109). La Iglesia pueda visibilizar la realidad como nadie y denunciar lo injusto en ella, sin casarse con nadie. La Iglesia no puede permanecer muda ante tanto sufrimiento. Tenemos que decir <<*no a una economía de la exclusión y la inequidad*>> (EG 55). Sexto, una **actuación integradora**. Unir la defensa de la vida con la calidad de la misma. Una pastoral social más orgánica con la incorporación de todos. Y séptimo, la **dimensión creativa**. Se habla de la nueva imaginación de la caridad. Repensar los objetivos, las estructuras, el estilo y los métodos evangelizadores (EG 33). El objetivo último es que <<*los pobres se encuentren en la iglesia como en su propia casa*>>

4. **Tenemos que promover verdaderos procesos comunitarios de tipo sinodal en el seno de la Iglesia**

Hay que tomar conciencia de que la tarea a emprender no es para andar de prisa y corriendo, sino algo de fondo y que exige tiempo. En este sentido, la Exhortación *Evangelii gaudium* parte de una convicción íntima y se propone, más que convencer, conmover, en el tiempo: <<la alegría del evangelio llena el corazón y la vida entera de los creyentes, desde la experiencia del encuentro con Cristo. No es lo mismo conocer a Jesús que no conocerlo...>> (EG 266). En este marco, la evangelización que se propone, tiene un **proceso**: <<**Primero**, renovar el encuentro personal con Cristo, con el Dios con nosotros, la auto-comunicación de Dios a la criatura. **Segundo**, predisponernos a esta experiencia por encima de teorías y costumbres. Se trataría de impulsar la espera y las búsquedas más hondas de los corazones. **Tercero**, la transformación de la vida de los propios creyentes, desde la experiencia del encuentro, la comunicación y la reciprocidad. Y **cuarto**, dinamizar la reforma de la Iglesia haciéndola enviada, en salida de sí misma, descentrada de sus seguridades y peregrina por el mundo>> (J. Martín Velasco y otros, *Evangelii gaudium y desafíos pastorales para la iglesia*. PPC 2014. Madrid)

Todo este proceso se sustenta sobre la **existencia de comunidades cristianas**, más o menos numerosas, pero <<sinceramente entusiasmadas

con su vocación cristiana, claramente conscientes de sí mismas, dispuestas a vivir la vida personal, familiar y social de acuerdo con el evangelio de Cristo y la doctrina de la Iglesia, sin temor a ser criticadas por los poderes de este mundo. Y hará falta que los cristianos, vitalmente reunidos en Iglesia, estimen su fe y su vida cristiana y eclesial como la perla preciosa por la cual vale la pena sacrificar otros falsos tesoros, y asuman como tarea propia anunciar el Reino de Dios, difundir el evangelio de la salvación, ayudar a sus hermanos a que conozcan a Jesucristo, sin buscar otros intereses ni otros proselitismos particulares>> (Fernando Sebastián). Sin esta renovación interior que nos ponga a todos en trance de expansión no podrá haber una verdadera evangelización en el mundo de hoy.

Un paso indispensable, en este proceso, es la **unidad interior** de nuestras comunidades cristianas. Ciertamente <<hemos vivido tiempos peores, con más diferencias, divisiones y tensiones dentro de la Iglesia, pero estamos todavía lejos de los niveles indispensables de comunión y de confianza. Necesitamos trabajar para superar las desconfianzas entre obispos, sacerdotes, religiosos, teólogos y laicos>>. <<Es verdad que la renovación tiene que comenzar por pequeños grupos más o menos contestatarios, que vivan y actúen en la Iglesia. Pero también es cierto que la realidad de Iglesia, básicamente, está en las parroquias, en las que se agrupa el pueblo llano y sencillo, sin otro título ni otro apellido que el honroso calificativo de cristiano>>. A fin de cuentas son estas parroquias las que tienen que recuperar su pulso espiritual, sus actos de piedad, su capacidad de formar a los nuevos cristianos y de desplegar la actividad pastoral que nuestro mundo necesita. <<Mientras el clima espiritual de nuestras parroquias no sea un clima de fervor, de unidad, de responsabilidad compartida, frente a las carencias de nuestro mundo, no podremos contar con una Iglesia evangelizadora ni con unos cristianos suficientemente comprometidos>> (Fernando Sebastian).

Un tema clave de futuro es la **sinodalidad** eclesial. Así lo dice el Papa Francisco en el discurso del cincuentenario del Sínodo de obispos: <<lo que el Señor nos pide, en un cierto sentido, está contenido todo ello en la palabra "sínodo">>. Claro que, como dicen Gallo y Spadaro (*La reforma y las reformas en la iglesia*. Sal terrae 2016. Santander), promover una

Iglesia sinodal implica <<renovar las instituciones para que sirvan de cauce eficaz a las actitudes de amor, comunión, escucha, diálogo, iniciativa, acogida, intercambio, cooperación y participación entre las personas y la comunidad>> (pg.28). <<La sinodalidad es la expresión participativa y dinámica del carácter comunal y peregrinante de la Iglesia...>>.

En este sentido, habría que recordar aquello que nos decía Paul Ricoeur sobre la comunidad: <<yo no creo que el sujeto de la fe pueda ser un individuo. El sujeto de la fe no es un “yo” sino un “nosotros”>> (Conferencia de Amiens. 1967). Es curioso que un intelectual de primer orden como es él y siendo de la Iglesia reformada francesa, nos recuerde <<el papel de la comunidad confesante sobre el individuo creyente>>, escandalizado de la <<ausencia de proyectos colectivos en nuestra cultura occidental... a expensas del <<proyecto de consumo masivo>>, la <<ley del mercado...la solicitud constante del deseo...llamados a comprar cosas creando artificialmente la necesidad...>> (citado en J. Elzo, o.c. pg. 256).

Es en este contexto en el que se plantea cuál debe ser el papel de las Iglesias, para responder que <<la razón de ser de las Iglesias es la de plantear, en permanencia, la cuestión de los fines, de la perspectiva en una sociedad de la prospectiva>> (o.c. 259).

5. Y tenemos que fortalecer la espiritualidad de los agentes de pastoral como evangelizadores misioneros

No hay duda de que, lo fundamental, somos las personas, con nuestras virtudes y defectos. En este sentido, el Papa nos lo recuerda proféticamente: <<Hay que remediar los males que nos afectan a la vez que estimulamos el ideal de la misión. Entre los males que nos afectan como miembros de la cultura actual detectamos el individualismo, la falta de identidad, la caída del fervor >> (EG 78-79). Falta <<entusiasmo misionero.... otro defecto grande es la acedia, o sea, una mezcla de tristeza, tedio, desidia y negligencia...un gris pragmatismo, hasta convertirnos en momias de museo, una especie de, tristeza dulzona, sin esperanza...>> (EG 83). Falta alegría evangelizadora: <<Hay mucho pesimismo estéril de profetas de calamidades, entre nosotros, lo cual nos

impide descubrir todo el bien que existe en tantos anhelos y buenos deseos. Pero lo más peligroso es la mundanidad espiritual, ese acomodamiento al mundo y sus criterios (fascinación por la gnosis, la autoayuda, el voluntarismo antropocéntrico). Así se entienden <<las guerras internas que nos traemos, los odios, divisiones, calumnias y difamaciones (EG 98-100). No a las guerras entre nosotros>>.

Está claro que la reforma no es solamente de las estructuras. También de las personas. Hay que comenzar por un examen de conciencia, personal y colectivo. La fe es un don de Dios, luego <<hay que estar en constante oración de escucha para detectar el paso, o la llamada de Dios... la fe no es una mera conquista humana... y esto exige que la dimensión religiosa esté presente en mayor o menor grado>> (J. Elzo o.c. pg.270).

Por otra parte, no hay que olvidar que la fe se vive en un lugar y un momento determinado. De ahí que haya que aprender a vivir la fe en su momento, en su ahora. Por eso el Papa nos ofrecen cálidas invitaciones para el presente, los “síes apostólicos”: <<sí a la alegría de la evangelización; sí a las nuevas relaciones que se generan en la misión, sí a la pertenencia a la comunidad de fe... sólo así superaremos el clericalismo, favoreceremos a los laicos, a las mujeres...>> Hace falta Espíritu. <<La evangelización solo puede surgir de una doble raíz: la mística del encuentro personal... y el compromiso social y misionero por el Reino>>. La experiencia íntima de un Dios bueno para contagiar su Buena Noticia de una vida vivible, dichosa, bienaventurada es imprescindible. La meditación del amor de Dios a todo ser humano para aprender a amar a las personas de hoy y de aquí tal y como son. La escucha de Jesús para sentirnos enviados personalmente y en comunidad a los más necesitados. Las horas de silencio ante Dios para alimentar nuestra audacia evangélica, aceptando la cruz de cada día y aportando esperanza.

Y como hemos señalado, en la fe católica todo esto se vive en el seno de la comunidad eclesial, buscando juntos modelos y modos de celebración comunitaria de la fe, además del modelo parroquial adecuado para este tiempo, junto a las demás organizaciones y estructuras eclesiales necesarias desde la diversidad de los propios cristianos locales,

manteniendo siempre el principio agustiniano de <<en lo esencial unidad, en lo dudoso libertad y en todo caridad>>.

